

LAS AVENTURAS DE
**ALFRED
& AGATHA**
LA CAJA MÁGICA

Ana Campoy



edebé

LAS AVENTURAS DE
**ALFRED
& AGATHA**
LA CAJA MÁGICA

Ana Campoy



edebé

*Para Álex,
con cariño y gratitud.*

© Ana Campoy, 2012
© Ed. Castellana: Edebé, 2012
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

*Directora de la colección: Reina Duarte
Diseño de las cubiertas e ilustraciones: Álex Alonso*

Primera edición, marzo 2012

ISBN 978-84-683-0389-5
Depósito Legal: B. 32155-2011
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Prólogo	5
1. El mayor acontecimiento del mundo de la ciencia	15
2. El cine Reville	29
3. Un envío inesperado	45
4. La magia del cinematógrafo	61
5. La entrega	77
6. Preguntas sin respuesta	93
7. Tras el hombre misterioso	115
8. La caja mágica	131
9. El Banco de Inglaterra	153
10. Un hallazgo sorprendente	177
11. Juegos inesperados	189
12. Un golpe de suerte	215
13. Dos pasos por delante	231
14. Un plan perfecto	243
15. Reunión a bordo	269
Epílogo	291
¿SABÍAS QUE...?	301

Prólogo

El hombre del sombrero levantó el cuello de su abrigo y se ocultó tras la esquina del edificio. Sabía que aún le seguían. Lo había comprobado hacía un instante, cuando se apoyó en la pared para recuperar un poco el aliento y notó que alguien se detenía unos metros atrás.

Una figura gris llevaba un buen rato pisándole los talones. No era más que una sombra, una presencia sin nombre, pero había sido lo bastante inteligente como para seguirle hasta aquella calle. El perseguidor permanecía muy quieto, aguardando en silencio. Tan sólo se veía el brillo de una luz entre la niebla, que parecía ser el reflejo de su reloj de bolsillo.

El hombre del sombrero contuvo la respiración. Salir de allí iba a ser complicado, y más cargando con aquel endiablado paquete. Se trataba de un bulto cuadrado, pesado como una roca y envuelto en papel marrón. Una cuerda áspera de embalaje afianzaba cada uno de sus costados, y el hombre supo

que sería difícil huir arrastrando aquel peso. Pero no tendría más remedio que hacerlo. Era su misión conseguirlo.

Bajó la vista y tapó el paquete con la tela de su abrigo. El bulto parecía seguir en buen estado, así que lo asió con fuerza como si se tratara de un indefenso polluelo. Esperaba que la sombra gris se olvidase de él, que desistiera de su empeño y pasara de largo, pero cuando volvió a asomar la cabeza tras la pared del muro, supo que aquel deseo era una fantasía.

La figura del fondo de la calle terminó de dar cuerda a su reloj, lo metió en el bolsillo y reanudó la marcha por la acera solitaria. Había decidido capturar a su presa.

Aterrado, el hombre del sombrero echó a correr de nuevo. Atravesó la calle cubierta de adoquines, tan sólo iluminada por las lámparas de gas de los edificios. Sabía que, si lograba escabullirse y engañar a aquel tipo, tal vez tendría una oportunidad de escapar. Aunque no podría seguir corriendo por mucho tiempo. A sus pulmones ya les faltaba el aire y aún tenía que despistar a la sombra, esconderse en algún lugar para que ésta pasara de largo.

La niebla engullía cada vez más la noche. El hombre procuró por todos los medios no perderse entre la maraña de callejuelas. Sus dedos temblorosos casi dejaron caer el paquete en más de una ocasión, pero por fortuna fue capaz de evitarlo.

Por fin, después de torcer por un par de calles y tras unos minutos de recorrido sin sentido, dejó de oír las pisadas de la sombra. El silencio de la noche tan sólo era roto por su propia respiración entrecortada, así que el hombre supuso que había logrado zafarse de su perseguidor.

Echó un vistazo de reconocimiento y descubrió que se hallaba en una pequeña plaza. Pensó que la sombra debía de encontrarse perdida entre las calles laberínticas, aunque era cuestión de tiempo que diera con él. El hombre miró alrededor buscando dónde esconderse. Se sentía como un ratón a punto de caer en una trampa. ¿Qué podría hacer para escapar? ¿Cómo iba a sacar el bulto de allí? Entonces miró al frente, y supo que acababa de encontrar un modo de poner a salvo aquel inquietante paquete.

* * *

La campanilla del establecimiento resonó con su tintineo y la señora Bublé levantó su cara rechoncha del libro de envíos. La oficina de correos estaba a punto de cerrar y la mujer ansiaba llegar a casa cuanto antes para reposar sus pies junto a la chimenea.

Aquella tarde no había habido casi clientes. Era mala suerte que tres minutos antes de anclar la puerta, un desconocido apareciera dispuesto a realizar un envío.

La señora Bublé echó un vistazo por encima de sus gafitas al tipo que acababa de traspasar la entrada. No parecía estar en muy buenas condiciones. Su rostro congestionado y empapado en sudor demostraba que tenía algo de prisa. Lucía un sombrero marrón a juego con su abrigo color arena del desierto. Pero sin duda lo que más llamaba la atención eran las largas botas con dibujos extraños que vestía el fatigado caballero.

El hombre se quitó su sombrero al advertir que era una descortesía mantenerlo puesto. Luego miró a derecha e izquierda con excesiva inquietud.

—¿Qué desea? —preguntó la señora Bublé observando al desconocido tras sus lentes doradas—. Estábamos a punto de cerrar.

El cliente corrió hacia el mostrador y dejó caer un bulto cuadrado de buen tamaño sobre la superficie de madera.

—Necesito mandar este paquete a Londres urgentemente.

—¿Tan lejos? —exclamó la señora Bublé algo extrañada.

Los envíos internacionales no eran muy corrientes en aquella oficina.

—Pagaré lo que sea. Pero necesito que salga ahora mismo hacia Inglaterra —el hombre estiró su cuello como si fuera un periscopio y lo dirigió hacia el ventanal, observando la calle.

La señora Bublé supuso que aquel individuo no estaba del todo en sus cabales. Y se sintió afortunada porque la carreta de envío aún no hubiera salido hacia el puerto. Aquel inglés con aspecto despistado no le hacía sentirse muy cómoda, así que decidió despa-charle cuanto antes. Le entregó un impreso sellado y tomó el paquete de encima del mostrador.

—Ha tenido usted suerte —dijo intentando aliviar la angustia del hombre—. El último coche está a punto de salir.

Parecía que el caballero ni siquiera la hubiera

oído. La señora Bublé suspiró al ver que no le hacía caso. El hombre garabateaba a toda prisa los datos de envío en el impreso. Después rebuscó en su bolsillo, sacó un billete arrugado y entregó todo a la mujer en un tiempo récord.

—¿Qué pone aquí? —preguntó la empleada leyendo el impreso—. Agatha... ¿Miller?

—Eso es —contestó ansioso el extraño—, a la atención de la señorita Miller.

El hombre alargó a la mujer otro papel escrito con letra difusa.

—Es muy importante que esta nota acompañe también al paquete. ¿Podrán entregársela?

—Por supuesto, señor —contestó la señora Bublé tomando la cuartilla y metiéndola en un sobre—. La incluiremos en el envío.

De repente alguien silbó desde la parte de atrás de la oficina. La carreta estaba a punto de partir. Pierre, el cochero, avisaba antes de ponerse en marcha.

La señora Bublé tomó presurosa la carta y el paquete, y desapareció por la cortina de la trastienda. Cruzó el cuartito repleto de archivos y se aproximó a la puerta trasera, donde Pierre terminaba de preparar los caballos.

—Un último envío para Londres. Acaban de entregármelo.

El cochero asintió. Colocó la caja en el carro, firmó el recibo y se lo devolvió a la señora Bublé. Después subió a su asiento, comprobó que no hubiera olvidado nada y sacudió las riendas sobre los dos caballos negros, que comenzaron su marcha nocturna hacia el puerto.

La señora Bublé esperó un rato hasta que la carreta hubo desaparecido por el fondo de la calle. No le hacía gracia volver a la oficina para atender a aquel inglés extraño, pero decidió que cuanto antes lo hiciera, antes estaría en casa. Así que volvió a la trastienda, atravesó una vez más el cuarto de los archivos y apareció de nuevo en la oficina con el recibo en la mano.

—El envío acaba de partir hacia el puerto —informó al cliente, satisfecha por su eficiencia—. Yo creo que la semana que viene podría estar en Inglaterra.

Pero cuando posó sus ojos sobre el hombre, descubrió que algo en él había cambiado. Tenía la frente tan pálida como el papel, y unas alarmantes gotas de sudor le empapaban la cara. La señora Bu-

blé presintió que algo horrible debía de haber ocurrido y casi se puso a gritar cuando el inglés saltó de pronto por encima del mostrador y se aferró a ella con fuerza.

—¿Dónde está la puerta trasera?

Los ojos de aquel tipo estaban tan tensos que podrían haber saltado de sus cuencas.

—¿Qué ocurre? —preguntó la señora Bublé temiendo lo peor—. ¿Es que ya no quiere enviar el paquete?

—¡Oh, no, por favor! —contestó el extraño—. Tan sólo necesito que entretenga a ese tipo que viene hacia aquí.

—¿Qué tipo? —preguntó la empleada.

No hubo respuesta. La mujer giró la cabeza hacia el ventanal, y en cuanto tuvo el cristal delante, entendió lo que el inglés había querido decir. Al otro lado del escaparate, un hombre vestido de gris avanzaba hacia la oficina de correos con paso firme. Su aspecto era tan gélido que no parecía que en su corazón hubiera piedad. Las gafas de la señora Bublé comenzaron a temblar sobre su nariz.

Iba a dirigirse hacia el hombre del sombrero para pedirle explicaciones por aquella situación tan

incómoda, pero cuando se dispuso a abrir la boca se dio cuenta de que era demasiado tarde. El inglés había desaparecido. Lo único que quedaba era la cortina de la trastienda bamboleándose tras su huida, mientras que al frente la figura del hombre gris se hacía cada vez más grande tras el cristal.

La mujer sacudió la cabeza y se fijó en su mano derecha. Ésta sostenía el papel que Pierre le había entregado. Se trataba de un documento importante, y era responsabilidad suya entregarlo, por mucho que aquel extraño individuo quisiera escapar. Así que agarró con fuerza el impreso, respiró profundamente y se lanzó hacia la trastienda decidida a alcanzar al hombre.

—¡Espere! ¡Vuelva aquí! ¡Ha olvidado el recibo del envío!

Capítulo uno

El mayor acontecimiento del mundo de la ciencia

Morritos comenzó a gruñir cuando Agatha se dispuso a cambiarle el vendaje. Se hallaba sentada sobre el cojín rojo con borla dorada, su rincón favorito del invernadero, y no tenía ninguna gana de que Agatha la molestara con aquel ritual tan desagradable.

Escarbar de un modo tan apasionado le había traído muy malas consecuencias. Hacía semanas que Morritos había decidido enterrar unos cuantos huesos en la parte trasera del jardín. Iba a ser su escondite, su parte privada de la casa, y durante días y días había estado buscando el lugar más adecuado para ubicarlo. Pero el problema llegó el día que realizó el agujero. La tierra áspera mezclada con grava, y también la falta de costumbre, habían provocado que la patita de Morritos se hubiera lastimado con una herida muy fea.

Agatha la había reprendido por ser tan poco responsable. Durante esos días de comienzos de otoño, los casos de la agencia solían multiplicarse y Morritos debía estar en plena forma para solucionarlos cuanto antes. No había nadie como ella para rastrear objetos perdidos en lugares sospechosos.

Aquella tarde, cuando llegaron al invernadero, la perrita había ocultado la pata bajo sus cuartos traseros. Tal vez si la escondía de la vista de Agatha, ésta se despistaría y olvidaría el asunto de la cura por unas horas. Por desgracia para Morritos, cuando el reloj de pared del invernadero dio las seis, la niña se apresuró a tomar el botiquín del estante acordándose por sí misma de limpiarle la herida. Al contrario de los deseos de Morritos, Agatha se había propuesto no olvidar ni una sola de las curas.

Mientras preparaba todo lo necesario para limpiarle la pata, la niña se consoló: al menos no estaban solas si de repente aparecía trabajo. Miller & Jones, la agencia de investigación más prestigiosa del barrio, también contaba desde hacía meses con la ayuda de su amigo Alfred, el mejor detective del Barrio Este. Desde su intervención en los casos más complicados, como el robo de los pájaros Elster o incluso

otros misterios más graves en el vecindario, Alfred se había convertido en un elemento vital para cualquier investigación. Y la agencia funcionaba como un perfecto engranaje.

Sentado en el sillón malva, el chico veía cómo Agatha forcejeaba con la pata de Morritos. Ésta se hallaba agachada junto a la perrita y sostenía en la mano un bote de alcohol. Morritos, en cambio, hacía grandes esfuerzos por evitar la cura y Agatha a duras penas consiguió empapar de líquido un poco de algodón.

—Morritos, estate quieta o no habrá manera de curarte. ¡No puede ser que te duela tanto!

El nerviosismo de la perrita estuvo a punto de derramar el bote de alcohol que Agatha sostenía en la mano. La niña intentaba convencer a su amiga de que aquello era necesario. Pero era imposible. Morritos sabía que la sensación de aquella sustancia sobre su pata no le gustaba nada y luchaba con las otras tres para evitar el contacto con la bola de algodón.

Alfred rió al ver los juegos malabares de Morritos. Era lógico que se resistiera; no había nada más fastidioso que el alcohol para curar un rasguño. El chico miró hacia otro lado para no ver la escena, y

tras unos segundos más de batalla, un gemido de Morritos le hizo saber que Agatha había conseguido reducirla.

El olor ácido del alcohol impregnaba la estancia y Alfred deseó que su amiga acabara la cura cuanto antes, pues empezaba a sentirse mareado. El invernadero de Agatha era un lugar perfecto para tener el despacho de la agencia, pero desde luego no estaba lo bastante ventilado como para poner un hospital.

Tras cumplir su objetivo, Agatha volvió a vendar la pata dolorida de Morritos. Luego cerró el botiquín, lo colocó en su sitio y se sentó frente a la mesa del despacho, agotada de tanto forcejeo.

—Espero que esa pata esté curada antes de que llegue un caso importante —dijo con hartazgo.

—Venga, no exageres —contestó su amigo—. En un par de días habrá mejorado. Además, casi prefiero que aparezca algún cliente. No soporto más estar de brazos cruzados.

Agatha no sabía si estaba de acuerdo. Los casos menores, como pequeños extravíos o averiguaciones en el barrio, no eran materia que necesitara de mucha investigación. Pero se echaba a temblar cada vez que Alfred se moría de aburrimiento. Siempre que

éste se quejaba, al día siguiente se veían envueltos en asuntos de vital importancia. Y en aquel momento, con Morritos convaleciente, no era muy adecuado que algo así sucediera.

—Te he guardado el periódico de esta mañana —sugirió Agatha esperando que Alfred se entretuviera un poco—. Lo tienes donde siempre.

Alfred sonrió encantado. Una de las muchas ventajas de ser socio de una niña de la alta sociedad era que podía estar constantemente informado de las novedades que ocurrían por el mundo. Y lo mejor era que lo hacía gratis. Se levantó hacia la repisa del ventanal y tomó el *Times* que reposaba sobre la pila de periódicos que Agatha guardaba como documentación.

Después volvió a su sitio y se aposentó en el sillón, pero cuando echó un vistazo al diario, su rostro se iluminó al ver la noticia de la primera página.

—¡La Exposición Universal! ¡La han inaugurado!

La niña se sobresaltó ante la reacción inesperada de Alfred.

—¿La Exposición Universal? ¿Qué es eso?

—¡El mayor acontecimiento del mundo de la ciencia!

Agatha se incorporó de su asiento sin comprender. Estaba convencida de que aquello le sonaba de algo, pero no llegaba a acertar a qué se refería su amigo. Alfred, en cambio, parecía conocer todos los detalles.

—Verás, la Exposición Universal es una reunión de expertos, los mejores, los más grandes inventores del mundo. Todos esos genios se juntan cada uno o dos años en una ciudad y allí exhiben los inventos más impresionantes que nadie haya visto jamás. ¡Es algo extraordinario! ¡Lo más moderno de la ciencia!

Alfred hablaba de una manera tan atropellada que era casi imposible entenderle. El chico mostró a su amiga la portada del periódico, en la que un enorme retrato mostraba el grupo de personalidades que se habían dado cita en la Exposición. Había unos treinta invitados, y a Agatha le hizo gracia ver que todos posaban con el mismo gesto estirado e insulso. La niña sonrió al ver la emoción de su amigo. Por nada en el mundo hubiera pensado en interrumpirle, pues cuando se trataba de cosas relacionadas con la ciencia, Alfred se inflaba como un pavo real.

—Este año la Exposición se organiza en Bruselas, y todos dicen que va a ser algo revolucionario.

—Y a ti te encantaría ir —añadió Agatha.

—Por supuesto —susurró el chico—. Daría lo que fuera por asistir. Cualquier inventor que quiera considerarse importante debería estar en esa exposición.

Agatha sonrió ante la ocurrencia de su amigo y miró a Morritos, que aún seguía recostada en su cojín. La perrita se lamía su pata dolorida sin prestarles atención. Ni siquiera se inmutó cuando unos nudillos llamaron a la puerta del invernadero y la madre de Agatha hizo su aparición en el despacho.

—Querida, te he buscado por todas partes.

Alfred se levantó de sopetón al ver la inesperada entrada de la señora Miller e hizo una reverencia tan exagerada que casi se cae al suelo. La madre de Agatha era una dama alta y esbelta, y tenía un aspecto tan exquisito, que el chico sentía que todos los halagos que le hiciera serían pocos. Ella cuidaba sus maneras hasta el exceso, y al ver la reacción de Alfred, le correspondió bajando la barbilla. Agatha, en cambio, suspiró ante el evidente despiste de su madre.

—Mamá, sabes de sobra que por las tardes estoy en el invernadero con Alfred.

—Es cierto, querida —admitió la señora Miller con desinterés—, pero es que siempre lo olvido.

Agatha intuía que aquella visita se debía a un motivo muy concreto. No era habitual que Clara Miller irrumpiera allí tan sólo por ver qué tal se encontraba su hija. Y si se había presentado de improviso en el invernadero, seguro que había una buena razón.

—¡Ya está confirmada la fecha del torneo de *bridge!* —exclamó la señora Miller emocionada.

La niña comprobó que sus sospechas eran ciertas. Y sintió una opresión en la cabeza peor que la que le provocaban las curas de Morritos. Veía venir la tormenta. El huracán estaba a punto de estallar.

—Querida, ya sé que por las tardes estás ocupada jugando con tu amigo. Pero espero que sepas encontrar un hueco para sentarte conmigo a practicar.

El encaje del vestido de la señora Miller vibraba casi tanto como su voz chillona. Alfred pensó en lo difícil que sería respirar con un traje tan ajustado.

—Este año, estando tu padre de viaje, necesito más que nunca que me ayudes con el entrenamiento —continuó la señora Miller—. El año pasado quedé finalista del torneo, ¡pero esta vez el premio no se me escapará!

Agatha sintió un mareo vertiginoso que casi le hizo caer al suelo. Hubiera preferido sumergirse en una olla de aceite hirviendo antes que aquello. No había nada peor que una velada de *bridge* haciendo de pareja junto a su madre. Sus trampas estúpidas y su modo de llevar el juego hacían que acabara siempre con jaqueca.

La señora Miller, sin embargo, parecía haber previsto el poco entusiasmo de su hija. Y todo apuntaba a que guardaba un as en la manga. Así que cuando Agatha sacudió la cabeza al oír la inflexible petición, la mujer sacó un sobre del bolsillo y se lo alargó sonriente a su hija.

—Para que no te pongas mohína, te he traído un regalo.

Agatha tomó el sobre con desconfianza. Sabía que su madre era capaz de cualquier estratagema. Pero cuando abrió la solapa y miró el contenido, su rostro se transformó en un gesto de sorpresa.

—¿Dos entradas para el cinematógrafo?

—Eso es, querida —contestó la señora Miller saboreando su triunfo—. Me las dieron ayer en el club. Y yo he decidido que os acerquéis vosotros dos esta tarde. Es una sesión perfecta para niños.

Al oír la palabra «cinematógrafo», Alfred había olvidado sus cuidadosos modales y había corrido junto a Agatha para comprobar que aquello era cierto.

La señora Miller se alegró de lo bien resuelta que había quedado su jugada y se dispuso a salir de la habitación, no sin antes fijarse en la pata vendada de Morritos, que aún continuaba tumbada en su cojín.

—¡Scarlett! ¡Deja de lamerte la venda! ¡Las perritas de la alta sociedad no hacen esas cosas!

Morritos dio un enorme respingo al oír el chillido de la mujer. Escondió la lengua en la boca de inmediato y apoyó su hocico sobre el cojín. La señora Miller, mientras tanto, repasó con la vista el aspecto de su hija.

—Agatha, ponte derecha. Con esa postura parece que vayas a vender hortalizas en un puesto de la calle.

Alfred procuró estirarse también, no fuera a ser que la señora Miller la tomara además con él. Por fortuna, la madre de Agatha decidió no comentar nada más que le pareciera desfavorable y se giró hacia la puerta, tras echar un último vistazo a Morritos.

—Querida, ¿has cambiado hoy el vendaje de Scarlett?

Agatha suspiró contrariada. Nadie en aquella casa estaba más pendiente de Morritos que ella.

—Por supuesto, mamá, como todas las tardes.

—Espero que no te olvides de hacerlo. Scarlett es la perra de tu tío y es tu obligación no descuidarla.

Tras su sentencia, la mujer elevó su barbilla hasta casi rozar el techo y desapareció cerrando la puerta del invernadero tras de sí.

Alfred no podía creer lo que había oído, y una vez que la señora Miller se hubo marchado hacia la casa, no pudo evitar deshacerse en carcajadas.

—¿La llama Scarlett?!

—Sí, ella prefiere ese nombre —contestó Agatha con resignación—. Dice que es más distinguido. Pero ni a Morritos ni a mí nos gusta nada.

El chico trató de contener la risa y pensó en la preocupación de la señora Miller por los modales exquisitos.

—Bueno, ya sabes que tu madre es mucho más estirada que tú —dijo intentando apaciguarla—. No se lo tengas en cuenta.

—No lo soporto —refunfuñó la niña—. Morritos es mi amiga y no pertenece a nadie. Ya sé que fue mi tío quien la trajo a Londres cuando era pequeña,

pero mi madre está empeñada en creer que él es su dueño.

Morritos continuó lamiendo su pata sin prestarles atención. Y Alfred recordó la historia de los orígenes de la perrita; su nacimiento en la India, y la repulsa de sus antiguos dueños a causa de sus dos rabos. Gracias al tío de Agatha, Morritos había podido vivir en Inglaterra como una perra faldera más, aunque tanto él como su sobrina sabían que aquel cachorrillo era un animal distinto al resto.

De hecho, a Alfred le sorprendió que la perrita no se molestara porque alguien se atreviera a llamarla de otra forma. Victoria Scarlett Jones-Bohermer, apodada Morritos, era un animal muy particular, y no sólo en cuanto a su físico, sino también respecto a su carácter. En más de una ocasión el chico y ella habían tenido sus disputas. Alfred aún recordaba lo complicado que había sido llegar a ganarse su aprecio. Y si no fuera porque unos meses atrás éste le había salvado la vida, los dos seguirían llevándose como el perro y el gato.

—Menuda me ha caído con el dichoso torneo de *bridge*—se lamentó Agatha tras analizar la visita de su madre—. Se tirará la semana obsesionada con ello

y me perseguirá todo el rato para practicar sus jugadas. ¡Si ya sabe que es la mejor jugadora de ese barcol!

—¿Barco? —preguntó Alfred extrañado.

—Sí —contestó la niña—. El torneo tiene lugar en una embarcación a las orillas del Támesis. Dura un día entero; comienza por la noche y no acaba hasta la madrugada siguiente. No sé de quién sería la idea, pero desde luego me parece demasiado pomposa.

Alfred pensó que Agatha cada vez era más parecida a cualquiera de las niñas que vivían en el Barrio Este. Puede que el haber permanecido tanto tiempo junto a ella, unido a la determinación de su carácter, hubiera transformado a aquella niña rica del centro de Londres en alguien más osado que el resto de los de su clase. Y se alegró al darse cuenta de ello.

Agatha suspiró por última vez y observó las entradas que conservaba en la mano.

—*Viaje a la Luna*, de Georges Méliès —dijo leyendo el título de la película—. Puede que no esté mal del todo. ¿Tendrá usted la bondad de acompañarme?

Alfred se sorprendió por el tono de guasa que acababa de emplear su amiga.

—Ante una invitación así no podría resistirme

—contestó cazando una de las entradas de la mano de Agatha—. Daría lo que fuera por ver de cerca un invento como el cinematógrafo.